

Conflictos armados en México: la encrucijada político-militar*

Gilberto López y Rivas**

La mayoría de los movimientos armados en América Latina están en proceso de evolución hacia otras formas de lucha. El fin de la guerra fría, la caída del bloque socialista y el fin de la bipolaridad significaron al mismo tiempo el desmoronamiento de los apoyos y paradigmas tradicionales para las guerrillas latinoamericanas que sostenían programas socialistas y que reivindicaban el marxismo en cualquiera de sus variantes.¹

Después de la firma de sus acuerdos de paz, los grandes movimientos guerrilleros en América Central, como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) o la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), desmovilizaron a sus fuerzas militares o las integraron en los nuevos ejércitos regulares o policías nacionales² y mantienen su existencia actual como grandes coaliciones o partidos políticos que participan en la lucha electoral.

Las únicas guerrillas latinoamericanas supervivientes al fin de la guerra fría son las colombianas: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Con una fuerza conjunta de más de 20 mil efectivos, mantienen casi un centenar de frentes de guerra en todo el país. El Ejército colombiano, con sus 100 mil efectivos y el creciente apoyo estadounidense, se muestra incapaz de neutralizar las ofensivas sistemáticas de la guerrilla. Estos conflictos armados y sociales arrojan un saldo profundamente trágico: en la última década más de 35 mil colombianos han muerto, y cerca de un millón y medio de personas han sido desplazadas en los últimos cinco años.³

A pesar de su fuerza militar y de la posibilidad de que eventualmente lleguen al poder, las FARC no podrían establecer un programa de gobierno de la naturaleza ideológica que les dio origen. El contexto de la posguerra fría hace sumamente difícil, material y políticamente, ese objetivo. En caso de una victoria político-militar, no hay ninguna posibilidad real, en las actuales condiciones, de que la guerrilla pudiera instalar un régimen socialista en Colombia, sino, en todo caso, uno democrático nacional con equidad social y de beneficio para las clases trabajadoras.⁴

Paradójicamente, a pesar de su existencia prolongada y de la fuerza militar acumulada en cuatro décadas, para la guerrilla colombiana las opciones políticas pasan por el diálogo y la negociación tendiente a lograr la paz con dignidad; esto es, en el marco de profundas transformaciones que solucionen las causas que dieron origen a la guerra. Esta salida relativamente pacífica a la crisis colombiana parece cancelarse ante la insistencia de imponer y profundizar el Plan Colombia, y por la política abiertamente guerrillera del nuevo gobierno.

Su encrucijada es enorme si consideramos el número de víctimas del conflicto armado,⁵ pero es mayor si pensamos en el destino político final de los excombatientes: todas las organizaciones exguerrilleras en Centroamérica han pasado por la debacle electoral; ninguna victoria en las urnas, a excepción de los sandinistas en noviembre de 1984, ni mucho menos un empate, se ha logrado. Por el contrario, el electorado centroamericano ha depositado su confianza mayoritaria en partidos políticos ultraconservadores, como la salvadoreña Alianza Republicana Nacionalista (Arena),

creadora, en su momento, de escuadrones de la muerte que lo mismo mataban guerrilleros, que monjas o sindicalistas.⁶ De ahí la importancia de qué se negocia, cómo se negocia y cuál es el proyecto que da rumbo a la negociación.

Este escenario desalentador para la lucha armada en América Latina se agudiza con el campo abierto para el intervencionismo estadounidense que dejó el derrumbe del bloque socialista y la reciente ofensiva imperialista desatada con el pretexto de la “guerra contra el terrorismo”, que ha desatado una reacción en cadena de naturaleza militar y policíaca que atenta contra los derechos civiles y las libertades ciudadanas en todo el mundo.

Las políticas neoliberales, que colman la economía global, han multiplicado el monto de seres humanos que viven en la pobreza. Algunos se refieren incluso a una nueva bipolaridad Norte-Sur, originada por la agresión a las economías y democracias frágiles de los países pobres. La devastación provocada en los servicios de salud, educación y vivienda, así como en el empleo, parece ser inexorable y afecta incluso a sectores amplios de la población en las naciones ricas.

Los cuatro conflictos armados en México

México no ha escapado de estas contradicciones. Mientras se consolidó la ciudadanización de los órganos electorales y la oposición ganó estados, capitales y municipios; en tanto el Congreso de la Unión experimentó una diversificación política sin precedente y la mayoría legislativa se integró por fuerzas opositoras e incluso, ocurrió la derrota presidencial del Partido Revolucionario Institucional; mientras ocurren estos avances en la política, así sean lentos, difíciles y no exentos de tensión, la economía popular está prácticamente destruida a más de un año del gobierno de Vicente Fox.

Según datos oficiales, existen 91 regiones en México con los índices de marginación más agudos. Éstas se localizan en los 31 estados de la república, abarcan 58 por ciento de los municipios, 30 por ciento de la población nacional y 78 de la población indígena del país. Aquí se concentra 60 por ciento de la población nacional que no percibe ingresos y sólo 20 por ciento que percibe más de un salario mínimo.⁷

Asimismo, en estas regiones vive 51 por ciento de la población analfabeta nacional y el 48 por ciento en edad escolar no sabe leer ni escribir. Los niños que ingresan al primer año de primaria presentan deficiencias de peso y talla. Poco más de 40 por ciento carece de drenaje, excusado, agua entubada; mientras casi 70 por ciento se encuentran en condiciones de hacinamiento.⁸

Entre las regiones que destacan por su situación crítica se encuentran aquellas donde se libran conflictos armados en el país: Selva, Norte y Los Altos, en Chiapas; la Montaña y Filo Mayor, en Guerrero; así como los Chimalapas, Los Loxichas, Mixteca Serrana y los Valles Centrales, en Oaxaca.

México enfrenta ahora cuatro conflictos armados en el sudeste del país. Dos escenarios de conflicto armado se encuentran en Chiapas. Uno de ellos es el que sostiene el gobierno federal y las

Fuerzas Armadas contra el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. El segundo enfrenta a las fuerzas paramilitares y las bandas armadas contra las comunidades y organizaciones indígenas que simpatizan con el zapatismo armado. Se estima que desde enero de 1994, ambos conflictos han causado la muerte de más de 1 500 chiapanecos y el desplazamiento de más de 20 mil personas.⁹

En Guerrero y Oaxaca se viven también dos conflictos armados. En estas entidades, el gobierno federal y las Fuerzas Armadas mantienen una estrategia de contrainsurgencia, cuyo objetivo principal es la neutralización o el exterminio del Ejército Popular Revolucionario (EPR) y del Ejército Revolucionario Popular Insurgente (ERPI).

Existen por supuesto otras organizaciones político-militares en el país, pero hasta ahora sólo han dado muestras de vida por medio de comunicados y no han realizado ninguna acción armada. Si se diera crédito a cada comunicado, existirían conflictos armados potenciales en casi todo el territorio nacional. Sin embargo, hasta el momento, sólo son tres las guerrillas que demuestran contar con armas, efectivos, organización, estructura jerárquica, programas de lucha y que han hecho uso de su poder de fuego. Estas organizaciones armadas operan militarmente en el sudeste de la república, aunque sus estructuras de mando político parecen estar descentralizadas en otros estados del país. En términos de su alcance político-militar, los movimientos armados mexicanos constituyen problemáticas de orden nacional.

Los grupos paramilitares que asuelan el territorio chiapaneco son el protagonista principal del cuarto conflicto armado.¹⁰ Entrenados para combatir a comunidades, bases de apoyo y milicianos zapatistas, estos grupos ejercen una violencia extrema y han sido responsables de graves masacres en Chiapas. Esto es un fenómeno nuevo en la historia del país. Aunque la experiencia coercitiva del Estado mexicano ha incluido la creación y el uso de grupos paramilitares para destruir a los movimientos armados, ésta parece ser la primera vez en la que los paramilitares mexicanos controlan territorio, incluyen a comunidades, no ocultan su filiación política y realizan, en forma organizada, operativos de debilitamiento o destrucción de las bases de apoyo de una organización armada, en este caso el EZLN.

Las fuerzas irregulares que conforman el espectro conocido como *grupos paramilitares* abarcan desde el nivel de una banda armada hasta pequeñas compañías¹ de efectivos uniformados, equipados con armas de alto poder, que poseen organización y técnica militar y son protegidos por funcionarios federales. Hasta el momento no se cuenta con evidencias fehacientes del involucramiento de mandos militares en la formación de los grupos paramilitares, pero hay indicios sistemáticos que permiten inferirlo.¹¹

En el contexto de estos conflictos armados, se ha producido la concentración de grandes contingentes de tropas y de una variedad importante de agrupamientos especializados en contrainsurgencia en el sudeste del país. Estimaciones conservadoras indican que se ha concentrado a cerca de 70 mil efectivos, casi un tercio del total de las fuerzas de aire, mar y tierra, en los estados de Chiapas, Guerrero y Oaxaca.

¹ Un pelotón tiene 11 elementos, una compañía 3 pelotones, 33 efectivos.

Esta densidad de tropas está presente en un territorio también ocupado por paramilitares, sin que, curiosamente, estos grupos sean detectados por el Ejército y sus cuerpos de inteligencia. Mientras el grueso de las tropas se dedican a tareas de control territorial y ocupan posiciones de cerco de las fuerzas insurgentes, el Ejército mexicano ha desplegado unidades de elite, grupos aeromóviles, batallones y regimientos de operaciones especiales, así como fuerzas de intervención rápida para optimizar la efectividad de sus operaciones contrainsurgentes.

Este despliegue militar, acompañado de la movilización de fuerzas combinadas de policías y militares en las bases de operaciones mixtas, ha realizado acciones distintas según la naturaleza del movimiento armado y la magnitud de las presiones de organizaciones sociales, organismos de derechos humanos, observadores internacionales y redes solidarias que repudian una salida armada y exigen cumplimiento de lo negociado en San Andrés en 1996.

Durante ocho años, la evolución del conflicto chiapaneco redujo el riesgo de un intercambio de fuego entre las Fuerzas Armadas y el EZLN. Ambos ejércitos, uno regular y el otro irregular, tienen las manos atadas para recurrir de nuevo a las armas en forma directa. La enorme presión nacional e internacional y la gran actividad de las redes de solidaridad zapatista han servido como un poderoso elemento disuasivo para evitar que el Ejército mexicano haga uso de su capacidad de aniquilamiento físico del EZLN y sus integrantes. Lo mismo ocurre en sentido contrario: los zapatistas no pueden usar sus armas y realizar operativos insurgentes porque carecen de fuerza para romper el cerco militar y ocupar con tropas varias cabeceras municipales de Chiapas, tal como lo hicieron en enero y diciembre de 1994. El EZLN también experimenta la misma presión civil, tanto nacional como internacional, para limitar sus acciones al campo de la política y no de la guerra.¹²

Una historia diferente sucede en Guerrero y Oaxaca, donde la contrainsurgencia gubernamental, basada principalmente en el empleo del Ejército, ha sido directa, no disuasiva, con masacres, hostigamiento sistemático a las comunidades y medidas como las detenciones arbitrarias, la tortura y la desaparición forzada.¹³

Esta nueva “guerra en el paraíso” casi consigue ya el aniquilamiento del EPR y del ERPI y la destrucción de sus redes de apoyo campesino. Guerrero y Oaxaca no reciben la misma atención de la comunidad internacional que se concentra en Chiapas. Ambos movimientos armados carecen de la capacidad de levantar redes de apoyo solidario con fuerza semejante a las que logró el EZLN. No hay vínculos permanentes del EPR y del ERPI con organizaciones sociales, partidos políticos u organismos de derechos humanos. La matanza de El Charco, por ejemplo, levantó una ola de protestas, pero fue limitado y momentáneo, mucho menor a la indignación y condena internacional que originó la masacre de Acteal.

La transmutación de los movimientos armados

¿Hacia dónde van entonces los movimientos armados en México? La guerrilla zapatista no puede comportarse como tal, pero tampoco puede ser destruida. Se trata de una guerrilla campesina e indígena de nuevo tipo, que privilegia los medios políticos y los recursos de la comunicación y posee una legitimidad enraizada en la realidad nacional. De hecho, el Ejército Zapatista de

Liberación Nacional se ha transformado en un movimiento popular armado que no utiliza la guerrilla como forma de acumulación de fuerzas ni como modalidad insurgente.

El conflicto en Chiapas tiene una historia centenaria; no es algo nuevo, como tampoco lo son las insurrecciones indígenas, los motines, las sublevaciones, las tomas de la ciudad de México. Es decir, el conflicto está incrustado en la dinámica misma de la historia nacional y es un recordatorio permanente de su propia naturaleza.¹⁴

Con todo, el EZLN surge originalmente como un grupo marxista de naturaleza mestiza que se plantea ahora reivindicaciones fundamentales de democracia y de desarrollo nacional.

Los zapatistas afirman que no tenían una visión del conflicto indígena, no se habían visto a sí mismos como un actor político importante, no conocían la especificidad de las demandas indígenas, ni tenían idea de la autonomía. Eso lo vinieron construyendo a lo largo de 1994 y hasta la fecha. Ellos afirman que no querían hacer de éste un conflicto regional local; es decir, no querían que apareciera como un conflicto de “los indios de Chiapas”; surgen entonces a la lucha con un nombre que no corresponde a la naturaleza implícita de un movimiento indígena tradicional. En su lugar, adoptaron el nombre de “liberación nacional” como una herencia de los conflictos armados de los años sesenta y de los setenta.¹⁵

El zapatismo, entonces, hereda la vertiente marxista, obviamente introducida por los movimientos de liberación nacional de la época, pero en los que poco a poco, y con ciertas dificultades, se va introduciendo la llamada *cuestión nacional*, revisada y actualizada para el caso de América Latina, porque ciertamente, al ejercer la burguesía su hegemonía en complicidad estratégica con el imperialismo –ahora llamado neoliberalismo–, no es posible la efectiva *liberación nacional*. Es decir, hay una esclavitud nacional o una dominación nacional o una *sobre-nación*, en el sentido de que el pueblo, como soberano de la nación, no es el que realmente manda en el interior de la nación.¹⁶ Cuando eso ocurre, entonces sí tiene sentido hablar de la liberación nacional; pero eso no corresponde a un movimiento de la naturaleza del que surge en Chiapas en 1994.

Viene después la versión del subcomandante *Marcos* de que “fueron vencidos por las comunidades”, en cuanto que su línea fue derrotada y que entonces *ellos*, los mestizos, fueron *indigenizados* y todos sus planteamientos iniciales fueron hechos a un lado.¹⁷ Si eso fuera real, la *Primera declaración de la Selva Lacandona* hubiera reflejado ese cambio. Sin embargo, la *Primera declaración* refiere un programa democrático nacional mínimo, exento de cualquier referencia directa a lo indígena, y en su connotación tradicional de los años sesenta y setenta. Pero la naturaleza de la rebelión es muy distinta y ahí es donde entra realmente, en lo objetivo, la tradición indígena.

Estos desplazamientos armados de miles de hombres y mujeres hacia los centros del poder mestizo le dan una impronta que no tienen otros movimientos de liberación nacional, ni otras guerrillas, y lo que viene después de 1994 hasta la fecha es inédito, pues es completamente distinto de lo que conocemos como movimientos armados de liberación nacional.

La naturaleza del zapatismo contemporáneo es impactada por la historia de las rebeliones chiapanecas, por la dinámica del conflicto indio-mestizo;¹⁸ y la prueba es que se desarrollaron

ciertos acontecimientos que demostraban que a pesar de no tener clara la percepción teórica de lo indígena, sí habían asumido en su movimiento el carácter indígena.

Lo que ocurre es que el propio zapatismo, como todo movimiento clandestino, como todo movimiento militar, todavía no cuenta su historia, la verdadera. Es normal, la historia se va haciendo de acuerdo a intereses y momentos políticos; pero es obvio que el EZLN sí tenía una identidad marxista. Todas sus referencias emblemáticas son marxistas: la bandera rojinegra de los cinco triángulos, su panteón de héroes revolucionarios, el *Che*, el hombre nuevo, etcétera. Después desaparece todo aquello, al menos hacia el exterior del movimiento; ellos mismos se dan cuenta de que no van a ser escuchados con ese discurso, y entonces se da un cambio, pero es un cambio decidido en el último momento, cuando surgen a la luz pública, para sustituir el discurso marxista por el discurso nacional.

Ahora este discurso ya ha sido asumido; quieran o no, ya el discurso patriótico, democrático-popular, se ha convertido en el verdadero discurso, porque ya no se tiene otro: es decir, es imposible ahora enarbolar la bandera del socialismo, aunque en lo recóndito de su corazón de pronto, pues, como suele ocurrir, sale lo marxista. Esto es posible observarlo en la simbología, la cual es más indicativa que las palabras mismas.

Sin embargo, la forma de ser de las comunidades indígenas sí permeó mucho de ese discurso e incidió para elaborar el segundo mito de los zapatistas, que es un poco la idea un tanto sublimada y romántica de lo indígena. Ya hay una mitología de las comunidades como el lugar de la sabiduría, el espacio democrático, el receptáculo de todo lo sabio, de todas las templanzas, los equilibrios, etcétera; aunque quienes han estudiado la llamada *cuestión étnico-nacional* saben que eso es difícil de lograr, que existe todo ello pero inmerso en contradicciones profundas en el seno de los pueblos y de sus comunidades, que existe también el valor de cambio, el valor de uso, que hay profundas jerarquías e injusticias, y que la situación de la mujer no es la más justa y adecuada posible, etcétera.

Pero la ideología del zapatismo, que ha permeado sectores importantes de la juventud europea y de la intelectualidad mexicana, aparece como un discurso muy innovador, como un discurso profundamente mistificado por la naturaleza indígena. Creo que esto ha impedido que se identifique realmente a fondo cuál es la problemática indígena, incluso en Las Cañadas, en Los Altos y otras regiones; porque por un lado está el discurso del indígena clientelista y corporativizado, pero, por otro lado, está el discurso del indígena sabio, bueno y límpido por naturaleza. El México imaginario versus el México profundo.

Por otra parte, también los zapatistas se ven presos o constreñidos dentro de los límites de lo militar; esto es, el EZLN se estuvo entrenando para dar una lucha de acumulación de fuerzas, dentro de lo que se llama en la terminología insurgente la *guerra popular prolongada*, es decir, prepararse por años y años hasta acumular un número suficiente de fuerzas como para que, a su vez, esa acumulación de fuerzas lleve la rebelión del campo a la ciudad, de las ciudades hacia una expansión a otras regiones del ámbito nacional, y entonces, finalmente, venga el triunfo del pueblo sobre el régimen.

Pero resulta que si bien al inicio lo militar permitió a las tropas del EZLN una toma relativamente pacífica de cuatro ciudades importantes, la reacción gubernamental posterior les hizo ver que, desde el punto de vista militar, iban a estar constreñidas en un territorio, no obstante que esas fuerzas son más que nada un ejército del pueblo o un ejército campesino del pueblo.

A pesar de que la organización de la cual proviene *Marcos* tenía focos organizativos en otros lugares de la república, éstos no actuaron. No se conoce si las contradicciones en el seno de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) hicieron que no actuaran. No se sabe exactamente qué pasó, pero el hecho es que hubo una clásica insurrección regional-local que fue controlada militarmente dentro de ese ámbito territorial.

Se presenta entonces una contradicción entre su visión nacional y el carácter regional-local que los constriñe a un territorio, militarmente hablando. Esto se ha ido acentuando. Y hay una contradicción porque, siendo un grupo armado, la naturaleza de la represión, del cerco estratégico, del cerco de profundidad y de la presencia de los paramilitares y de la *situación de no paz no guerra* a la que ellos se vieron forzados, lo que se ha definido recientemente como “guerra integral” o “de desgaste”, han hecho que la esencia de su lucha en cuanto a método, que era la lucha armada, se torne cada vez más política y busque lo nacional, e incluso, lo internacional, como equilibrio y como respuesta a su situación real.

Al contrario de la idea de una base de apoyo a la milicia, los zapatistas han tenido que acotar cada vez más esos círculos (bases de apoyo, milicianos, insurgentes), de tal manera que lo único que queda del círculo armado es el insurgente, el soldado profesional; porque evidentemente los milicianos no pueden ser tales porque no pueden desarrollar su poder de fuego ante la presencia militar permanente en comunidades asediadas por el Ejército.

Esto también constituye un elemento difícil en cuanto a la naturaleza de su conflicto; esto es, son marxistas por su origen, y por las formas y necesidades de organización de la lucha clandestina, pero al mismo tiempo ellos van incorporándose en los marcos políticos de lo nacional y lo democrático-popular. Son militares por el surgimiento y la naturaleza de su grupo, pero paralelamente va ganando terreno la organización no militar. Es posible que estas transformaciones estén ocasionando contradicciones en el seno de los zapatistas, porque cuando se tiene un grupo entrenado para un objetivo, y resulta que no es posible llevar a cabo ese propósito, se provoca un desgaste; un ejército que no combate o que no entrena, es un ejército que va perdiendo su esencia, su razón de ser.

Eso los lleva necesariamente hacia la negociación, pero, a su vez, la negativa del Estado mexicano a aceptar las autonomías en la reforma constitucional y la continuidad del gobierno foxista con sus predecesores en la utilización de la estrategia de contrainsurgencia, los coloca frente al incumplimiento de lo pactado, frente a la inconsecuencia del gobierno y la obcecación del régimen que los obliga a mantenerse armados y no abandonar la organización militar.

Por otra parte, su política de alianzas ha tenido fallas importantes. Primero se apoyaron en sectores radicalizados de la izquierda, como el Movimiento Proletario Independiente. Luego pusieron sus esperanzas en sectores de variado origen a través de la Convención Nacional Democrática, la cual también terminó. Con la propia diócesis de San Cristóbal, más que alianza fue

una relación necesaria, sujeta a tormentas frecuentes. No es posible hablar de una alianza con el PRD, ya que la relación ha transitado de las críticas y los desencuentros iniciales y duraderos, a la ausencia de todo contacto en los últimos años. Se ha evitado incluso la comunicación epistolar con la Cocopa de la legislatura pasada y las reuniones con esta instancia pluripartidista de esta legislatura fueron un fracaso. Ni el FZLN ni el Congreso Nacional Indígena han respondido a las expectativas de ser las organizaciones que permitieran a los zapatistas una presencia permanente en el ámbito nacional.

Esto no significa que no cuenten con el apoyo, muy importante, de lo que ellos consideran sus aliados naturales: la *sociedad civil*, sólo que ésta cambia constantemente en su disposición y características.¹⁹ Las alianzas más permanentes de los zapatistas son las internacionales, pero éstas no son determinantes. Lo importante en un momento siempre son las alianzas nacionales y ellos no han tenido la capacidad para hacer duraderas las alianzas más allá de sus límites ideológicos y políticos.

Este debilitamiento relativo ha favorecido el desarrollo y la continuidad de la estrategia contrainsurgente del gobierno actual. Ahora esta estrategia es discutida en términos reales, en términos de ponerla en práctica y evaluar todas las variantes y sus consecuencias en lo nacional e internacional. El gobierno está preparando la vertiente militar todos los días. Sus agentes cada vez tienen mayor información de las redes locales, regionales y nacionales; de los dirigentes; del papel de la Iglesia Católica; de quién es líder, adónde va y a quién frecuenta; de las características de cada población, sus caminos, sus recursos, a quiénes hay que detener, en qué momento; de cuál va ser la forma del ingreso de las tropas, si conviene recurrir a paracaidistas, etcétera. Esta estrategia militar va avanzando. De eso no hay duda. Cada vez están mejor preparados para ello.

En el momento en que se presente una coyuntura política favorable, una solución militar más agresiva y directa contra los insurgentes puede ocurrir. Mientras tanto, la estrategia gubernamental es la del desgaste en todas las áreas. La utilización de esfuerzos mediáticos y propagandísticos sobre una supuesta voluntad de solución del conflicto como una mascarada política de una lucha militar. A partir de esto, es posible entender por qué Fox sigue la misma política de golpeteo en el plano local, de guerra sucia contra las comunidades zapatistas, de la utilización de los paramilitares.

Se sigue la misma lógica para cualquier otra forma de la guerra irregular. Este tipo de guerra considera la guerra psicológica y eso ya refiere a la cuestión de la información pública, de la información que se difunde a las comunidades, del manejo de los medios, etcétera. El gobierno que se autoproclama del cambio, ha seguido una variante aun más perversa de una política contrainsurgente.

Entonces, si la tendencia histórica del régimen priísta, y ahora su continuación bajo el esquema de la derecha panista, ha sido a la dureza, a la represión, a la cooptación, a la mediatización, no veo por qué, en el caso del movimiento más irreverente, más cuestionador que ha existido en los últimos tiempos, que además ha tenido imaginación e inteligencia, que ha realizado un esfuerzo mediático extraordinario para los recursos con los que cuenta, el gobierno federal lo negociado. La idea es destruirlos. La idea gubernamental es descabezar al movimiento, sin entender que éste se reproduce regularmente, que ya hay alguien para sustituir a todos y cada uno de los dirigentes.

Esta destrucción ha sido aparentemente lograda en Guerrero y Oaxaca. El EPR casi cumple tres años sin acciones armadas, el ERPI no se ha repuesto de la masacre de El Charco, en junio de 1998. Las comunidades esparcidas en las regiones de la Montaña y Filo Mayor en Guerrero están saturadas con militares. En Los Loxichas el control militar ha sido muy efectivo. Y los abusos contra las garantías individuales y los derechos humanos en ambas entidades son cada vez más crecientes.

Es difícil predecir escenarios. Sin embargo, tampoco se puede esperar pasivamente el desenlace de esta compleja trama de circunstancias sociales, políticas, económicas y de violencia armada. Por ello, es indispensable insistir en la desmilitarización, en el abandono de la estrategia de contrainsurgencia, en la búsqueda inmediata de nuevas fórmulas de negociación, en el control y desmantelamiento de los paramilitares y la investigación de las atrocidades cometidas en esos estados. Es necesaria la movilización de un amplio abanico de fuerzas que constituyan el poder alternativo frente a un gobierno que a poco más de un año sólo puede ser calificado como de *traición nacional*.

* Este artículo es una versión actualizada y corregida (junio de 2002) de una Ponencia enviada para la segunda conferencia nacional Strengthening our Binational Alliances, convocada por Mexico Solidarity Network y que tendrá efecto del 23 al 26 de septiembre de 1999 en Washington, D.C. Agradezco las opiniones y sugerencias de Jorge Luis Sierra, Daniel Martínez Cunill y Raquel Sosa. Obviamente, soy el responsable de todos los puntos de vista que aparecen en este documento.

** Doctor en antropología; diputado federal y miembro de la Comisión de Concordia y Pacificación, del Congreso de la Unión durante la 57 Legislatura. (1997-2000). Actualmente, Jefe de Gobierno Delegacional en Tlalpan, Distrito Federal.

¹ Cabe señalar la trascendencia que tuvo en Latinoamérica la derrota electoral del gobierno sandinista como un factor importante que modifica sustancialmente el tipo de modelo que es posible establecer en la región y el papel de la confrontación militar con Estados Unidos en la dinámica interna del propio proceso nicaragüense.

² La firma del acuerdo definitivo de paz en El Salvador se logró el 31 de diciembre de 1992, después de una guerra interna que duró más de una década y costó más de 70 mil vidas. El acuerdo de paz firme y duradera en Guatemala se firmó el 29 de diciembre de 1996, después de un proceso lento y difícil de negociación que tardó nueve años. Una historia documental del proceso de pacificación guatemalteco se puede ver en: *Acuerdos de Paz*, Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 1998. Un excelente testimonio sobre la guerra y la paz en El Salvador se puede hallar en: Miguel Bonasso y Ciro Gómez Leyva, *El Salvador: cuatro minutos para las doce / Conversaciones con el comandante Schafik Handal*, Ediciones de Periodistas Asociados Latinoamericanos, México, 1992. La historia de la pacificación salvadoreña está documentada en: *Las Naciones Unidas y El Salvador 1990-1995*, Serie de Libros Azules de las Naciones Unidas, vol. IV, Departamento de Información Pública, Naciones Unidas, Nueva York, 1995.

³ Aquí hay que llamar la atención sobre el hecho de que estas víctimas son producto de la violencia de los gobiernos de la oligarquía colombiana y su política de terrorismo de Estado, expresión, a la vez, de la guerra de contrainsurgencia dirigida y asesorada por los Estados Unidos.

⁴ Voceros de las FARC sostienen que es posible la construcción de una sociedad nueva, de carácter socialista, sin modelos predeterminados y que recoja todas las experiencias anteriores y tome en cuenta la especificidad nacional de Colombia.

⁵ Según el excomandante del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, Schafik Handal, durante los once años de guerra interna hubo 75 mil muertos, la mayor parte de ellos no sucumbieron en combate sino como resultado de la acción de los escuadrones de la muerte. Bonasso y Gómez Leyva, *op. cit.*, pág. 48.

⁶ Esto no significa que el FMLN no haya avanzado en el terreno electoral hasta consolidarse como la segunda fuerza política del país. Las contradicciones internas dentro de las organizaciones político-militares que firman los acuerdos es una de las causas determinantes para explicar estos resultados electorales.

⁷ *Las regiones prioritarias*, presentación del Programa para la región de Filo Mayor, Guerrero, de la Estrategia para el Desarrollo Integral de las Regiones Prioritarias, Secretaría de Desarrollo Social, Gobierno federal, s/f.

⁸ *Ibid.*

⁹ Raúl Benítez Manaut, “Chiapas: el Estado y las Fuerzas Armadas ante la insurgencia”, conferencia en la Universidad de la Defensa Nacional, Washington, D.C., 11 de septiembre de 1998.

¹⁰ Para un análisis con mayor detalle de la actuación de los grupos paramilitares, véase: Gilberto López y Rivas, Jorge Luis Sierra y Alberto Enríquez, “Los paramilitares en México” en *Las Fuerzas Armadas a fin del milenio / Los militares en la coyuntura actual*, Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática / LVII Legislatura del Congreso de la Unión, México, 1999. También se puede consultar: Gilberto López y Rivas, “Paramilitarismo y contrainsurgencia en México”, ponencia presentada en el foro “Fuerzas Armadas y Derechos Humanos”, Palacio Legislativo de San Lázaro, México, 9 de junio de 1999.

¹¹ Ésta fue la principal razón que llevó a la presentación de una denuncia ante la Procuraduría General de la República para que investigara la existencia de grupos paramilitares. LaPGR abrió una averiguación previa que está siendo ampliada constantemente con nuevos elementos y aportaciones de organismos no gubernamentales de derechos humanos.

¹² La ponencia de Benítez Manaut explica con profundidad la disuasión mutua entre el Ejército y el EZLN. Véase *Chiapas: el Estado y las Fuerzas Armadas ante la insurgencia*, *op. cit.*

¹³ Los informes de las organizaciones no gubernamentales de derechos humanos dan cuenta precisa del tipo y frecuencia de las violaciones a los derechos humanos en el contexto de la contrainsurgencia en Guerrero y Oaxaca. Véase PRODH, *La violencia en Guerrero y Oaxaca*, Centro de Derechos Humanos “Miguel Agustín Pro Juárez”, México, 1999; También, PRODH, *Imágenes de represión / La crítica situación de los derechos humanos en México, 1996-1998*, Centro de Derechos Humanos “Miguel Agustín Pro Juárez”, México, 1999.

¹⁴ Para una contextualización del movimiento y las reivindicaciones de los pueblos indios, así como el concepto de las autonomías, véase: Gilberto López y Rivas, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, Plaza y Valdés Editores, México, 1996.²⁶

¹⁵ A diferencia de los movimientos anticolonialistas en África, que se originaban en la ocupación extranjera del territorio nacional, el nacionalismo latinoamericano desarrolló su propia idea de la *cuestión nacional* como la reafirmación de las identidades nacionales de los pueblos en favor de un movimiento de desarrollo pleno de la nación en el marco de la democracia. En este sentido, el nacionalismo latinoamericano, que se sintetizaba en la noción del *patriotismo revolucionario*, jugó un papel importante en el desarrollo de nuestras naciones, junto con el socialismo libertario y democrático. Véase: Gilberto López y Rivas, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, *op. cit.*

¹⁶ Véase: López y Rivas, *ibid.*

¹⁷ La historia contada por Marcos es que las comunidades indias se apropiaron del proyecto insurgente y lo transformaron: “Tanto ellos como nosotros nos damos cuenta de que provenimos de dos fracasos y nos damos cuenta de la necesidad de construir juntos una nueva alternativa. El problema que teníamos nosotros, al momento de pensar en construir un ejército popular, era dónde hacerlo. Ellos nos dijeron: con nosotros”. Guido Camú Urzúa y Dauno Tótoro Taulis, *EZLN: el ejército que salió de la selva / La historia del EZLN contada por ellos mismos*, Planeta, México, 1994. Véase también: Ivon Le Bot, *El sueño zapatista*, Plaza y Janés, México, 1998.

¹⁸ Véase: Antonio García de León, *Resistencia y utopía, memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, Ediciones Era, México, 1985, 2 t.

¹⁹ Es obvio que la marcha del EZLN a la capital de la República en el año 2001 constituye un esfuerzo y un éxito extraordinario que muestran el nivel de convocatoria. No obstante, este esfuerzo no fructifica en una estructura orgánica permanente en el plano nacional.